



**Iván Federico
Basewicz Rojana**

Consejo Nacional
de Investigaciones
Científicas y Técnicas

Universidad Nacional
de Mar del Plata

Contacto:

ibasewicz@gmail.com

Las Tensiones Creativas de la Revolución. La quinta fase del Proceso de Cambio

de Álvaro García Linera.

(2018) Buenos Aires, Luxemburg, 74 pp.

Alvaro García Linera sostiene que “(...)Hasta hace pocos años existía un apartheid institucionalizado que segregaba a las mayorías indígenas (...) hoy, cada una de estas históricas divisiones sociales ha sido superada” (p. 7). En *Las tensiones creativas de la Revolución. La quinta fase del Proceso de Cambio*, el pensador político Álvaro García Linera analiza el proceso por el cual se ha consolidado en el Estado Plurinacional de Bolivia un modelo estatal alternativo por el cual este se diluye en la sociedad, tendiendo a la conformación de un Estado integral. Sin embargo, es un proceso que no carece de contradicciones y tensiones internas. Estas presentan dos características fundamentales: primeramente, no conllevan aparejado un programa que propugne un nuevo tipo de sociedad, sino, por el contrario, radicalizan o ralentizan el proceso ya emprendido; en segundo lugar, son contradicciones al interior de los tres principios rectores del proceso de cambio, a saber: la plurinacionalidad, la autonomía regional y la economía plural.

Ahora bien, resulta posible identificar dos claros segmentos estructuradores del texto. En la introducción y en el primer capítulo, se asiste a un momento de presentación de la temática a desarrollar. Asimismo, son enumeradas las cinco fases del proceso de cambio y contextualizadas en el caso boliviano. Seguidamente, son expuestas las principales tensiones contenidas en la última etapa, aunque siempre

esbozando posibles vías de superación para ellas.

En sintonía con lo precedente, la primera fase del proceso revolucionario corresponde al desvelamiento de la crisis del Estado. Dicho momento muestra las contradicciones de larga duración, tales como: un Estado monocultural enraizado en una sociedad plurinacional, un Estado centralista frente a mayores reclamos de autonomía regional, entre otros. A su vez, estas son impulsadas por inconsistencias de corta duración, específicamente se refiere al intento privatizador de los recursos naturales y la monopolización burocrática de la política. El puntapié para el desarrollo de este primer momento estuvo dado por las movilizaciones urbano-rurales de abril de 2000, denominadas “Guerra del agua”, nombre que adquirió la defensa de la administración comunal de dicho servicio público. A partir de este punto, comenzó la “polarización territorialmente del escenario de las clases sociales en el país” (p. 14).

El advenimiento de una segunda fase implica la paralización del poder estatal dada la disputa que se genera entre los bloques de poder resultantes de la fase iniciática. Este proceso tuvo lugar entre los años de 2003 y 2008, aunque quedó solapado con la tercera etapa, iniciada el 22 de enero de 2006, cuando la capacidad de movilización fue convertida en presencia estatal gubernamental. Este momento remite a las elecciones presidenciales que colocaron a Evo Morales a la cabeza del Poder Ejecutivo. Sin embargo, dicho suceso no dirimió definitivamente las disputas internas, y dio lugar a una penúltima fase. El punto de bifurcación o momento jacobino de la revolución fue el nombre dado a la etapa en la cual “las contradicciones llegaron a su epítome real, a su origen y punto de llegada obligatorio como materia estatal: al choque de fuerzas materiales” (p. 22). De esta manera, el 10 de agosto de 2008 –y tras el intento fallido de revocación presidencial a Morales–, la oposición comenzó a asumir el control real de las ciudades capitales de ciertos departamentos mediante el control de los aeropuertos, el hostigamiento a los mandos policiales locales y la ocupación y destrucción de instituciones estatales bajo mando nacional. Ante dicha situación, el oficialismo inició un plan de movilización de amplios sectores de la sociedad con el apoyo de las Fuerzas Armadas, quienes se opusieron a los bastiones golpistas. Estos debieron capitular y dar lugar a la quinta fase del proceso revolucionario.

La última etapa comienza con la consolidación del bloque oficialista en el poder con la victoria electoral de Evo Morales en los comicios de 2009. A

partir de este punto, aquello que caracteriza el desenvolvimiento histórico es la presencia de contradicciones en el seno del mencionado bloque. Según la mirada del autor, “en toda revolución existen tensiones y contradicciones de dos tipos, las fundamentales y antagónicas, que escinden estructuralmente las sociedades, y, en segundo lugar, las de carácter secundario que son superables mediante métodos democráticos y revolucionarios” (p. 24). En este sentido, son identificadas como contradicciones principales los residuos mismos del pasado neoliberal del país; mientras que las tensiones secundarias remiten a la velocidad y profundidad con que se desarrolla el proceso de cambio.

En función de lo hasta aquí expuesto es que la segunda parte del texto se aboca al desarrollo de las cuatro tensiones secundarias centrales que se desenvuelven en el proceso boliviano. La primera de ellas remite a la relación entre el Estado y los movimientos sociales. El Estado puede comprenderse como aquel que concentra el poder decisonal, la coerción, la administración público-estatal y las ideas fuerza que articulan la plurinacionalidad. En tanto los movimientos sociales son la democratización misma de las decisiones, en un continuo proceso de deliberación y decisión sobre los asuntos comunes. Por eso mismo, el gobierno de los movimientos sociales es una tensión creativa. Este primer momento de contradicción puede ser superado, a entender por el experto, a partir del desenvolvimiento del Estado integral. No obstante, existe un segundo momento al interior de esta tensión, el cual se corresponde con la expansión material del Estado social y la función social de las comunidades y sindicatos agrarios. Ante tamaña dificultad, las soluciones no están dadas y es en el discurrir histórico que estas serán solventadas; después de todo, “las revoluciones sólo existen si avanzan, si luchan, si arriesgan, si saltan a veces por encima del vacío” (p. 38).

Un segundo punto de tensión emerge de la amplitud social que suscita el proceso de cambio y la necesidad de incorporar esos vastos sectores a la nueva conducción. La apertura es la salida propuesta, aunque debe ser acompañada con un reforzamiento del núcleo duro de apoyo. Esto quiere decir, consolidar la incorporación de los grupos que fueron motor primero en la develación de la crisis del Estado.

La penúltima tensión remite a la contraposición de los intereses generales frente a los particulares y privados; a la postre, origen del proceso de cambio. Resulta que en el momento de visibilización de las limitaciones estata-

les existe “una creciente articulación de sectores sociales, es momento de construcción de un programa general de movilización y el surgimiento de una voluntad organizada y práctica de poder de las clases subalternas” (p. 44). Por consiguiente, durante la etapa de bifurcación se produce una estabilización de la movilización producto de la implementación de los primeros objetivos generales, por caso, la nacionalización de la industria de los hidrocarburos en 2006. El punto último –el momento de institucionalización de las conquistas, cristalizado en el proceso electoral de 2009– se presenta como el inicio de un declive gradual que da lugar a nuevas manifestaciones de los intereses particularizados. En definitiva, aquello que el autor pretende demostrar es el funcionamiento cíclico de una tensión irresoluble.

La cuarta y última tensión refiere a la necesidad de industrialización de las materias primas, en aras de un correcto desarrollo del Estado integral, y el respeto por las prácticas vivificantes con la naturaleza propias de las comunidades originarias del territorio y parte constitutiva del núcleo duro del proceso de cambio. Si bien las actividades industriales acarrearán una acción corrosiva para el entorno, el desenvolvimiento tecnológico y científico que también producen puede ser utilizado como mitigador de los efectos de mayor severidad. Estamos ante una contradicción insalvable, aunque reducible en su impacto.

En suma, el presente libro ofrece un fresco sobre el devenir histórico del Estado Plurinacional de Bolivia desde inicios del nuevo milenio. Sin embargo, frente a renovadas experiencias convulsivas en el terreno político boliviano, el texto adquiere un aire que refuerza su pertinencia e importancia. Asimismo, permite repensar procesos de índole global en momentos en que la crisis de la democracia liberal encuentra expresiones multiplicadas. En definitiva, estamos ante un texto referencial para los académicos y los interesados en el campo de la politología y la sociología política. Un trabajo que coloca nuevamente al Estado en el centro de las reflexiones; de ahí su sustancialidad.